## Belinda Castiblanco

El orden de los factores no altera el producto, pero encontrar la respuesta a la ecuación de una vida es más fácil cuando se ha vivido siguiendo las reglas de uno más uno. A veces siento que, aunque estoy donde siempre he querido estar, me ha tomado tanto tiempo porque he hecho todo al revés, del final al principio.

Jeremy tenía seis meses de edad. Los Teletubbies jugaban en la televisión. En el sofá de una sala pequeña sala blanca llena de juguetes para niños, yo había hecho una silla con mis piernas para sostener a mi bebe. Él miraba a un sol gigante en la pantalla, yo lo miraba a él. Su cabecita, redonda y sin pelo, sus mejillas gordas y rosadas, su boquita roja y llena de babas, no podían distraerme de sus grandes ojos negros que brillaban más que cualquier estrella. Ojos con los que los míos hablaban.

¿Qué será de ti mi amor?, ¿Qué será de los dos cuando yo no sé hacer nada? Pronto irás a la escuela, necesitarás ayuda con tus tareas. Un día, mi diploma de escuela secundaría no será suficiente. ¿Te darás cuenta entonces de que tu mamá no sabe nada? ¿Te avergonzarás de mí cuando tus compañeros de escuela te pregunten: "¿Qué hace tu mamá?" Y tú tengas que responder: "No hace nada…"? ¿Te convertirá esa respuesta en nada a ti también?

Perdóname, perdóname por tenerte cuando no estaba preparada; pero ya que estas aquí, por favor cree en mí. Crecerás, un día serás alguien; yo creceré contigo y seré alguien también. La nada es el principio de nuestro todo, mi niño. Tú eres la luz que guiará nuestros caminos. Jeremy tenía siete meses cuando conseguí un trabajo y empecé a asistir a clases de inglés en la biblioteca de mi pueblo. No he dejado de estudiar desde entonces. Han pasado más de veinte años desde ese día en el que decidí seguir la luz que el amor hacia mi primer hijo me regaló. Todavía los grandes ojos negros brillan, recordándome la promesa que le hice a él (y después a mis demás hijos) y que me hice a mí misma—la promesa de ser alguien para alguien más.